

**Domingo XXV del TO**  
**Ciclo B**



22 de septiembre de 2024

Sab 2,12.17-20

Sal 53

St 3, 16-4,3

Mc 9, 30-37

*P. Eduardo Suanzes, msps*

EL propósito de Jesús, mientras camina con sus discípulos hacia el sur para llegar a Cafarnaún, atravesando Galilea, es el de enseñar a sus discípulos. No desea ser interrumpido: Jesús está preocupado por la formación del grupo. Durante el primer anuncio de su muerte<sup>1</sup> los discípulos no aceptaron las consecuencias del seguimiento, no lo comprendieron. Ahora les vuelve sobre este punto crucial, de ahí su interés de viajar de incógnito. El contenido de sus palabras han de tomarlo por norma de vida, traduciéndolo en su actitud y conducta<sup>2</sup>

Sin embargo, el deseo de triunfo terreno que inspira el mesianismo de los discípulos les impide aceptar, una vez más, lo que Jesús les dice. Y otra vez Marcos los pone en evidencia con este comentario: *«ellos no entendían aquellas palabras y tenían miedo de pedir explicaciones»*. Imbuidos de la ideología del judaísmo, quieren un Mesías que, actuando con poder, restaure la gloria de Israel y ponga fin a la opresión y la injusticia. No les entra en la cabeza lo que Jesús les enseña, que la existencia de una sociedad nueva y justa, donde no haya dominio de hombre sobre hombre, no puede ser obra de un Mesías dominador. La incompreensión de los discípulos es total. La enseñanza de Jesús es tan contraria a sus presupuestos, que son incapaces de entenderla; por otra parte, les da miedo preguntarle, pues vislumbran que la explicación echaría por tierra sus expectativas de triunfo.

Llegan a la casa y Marcos especifica que Jesús se sienta, adoptando la postura del maestro que se dispone a enseñar. Él sabe que han estado discutiendo por el camino y cuál ha sido el objeto del enfrentamiento y quiere que se lo expongan claramente. Pero no lo hacen por vergüenza. Los discípulos aparecen situándose muy egoicamente en torno al proyecto del reino que anuncia Jesús. ¿Cómo no entender ese reino que ellos esperan como una réplica, pero invertida, del actual estado de cosas? Si ahora ellos son en la sociedad los últimos, ¿cómo no desear ser los primeros, los más grandes e importantes? ¿Cómo no proyectar en ese proyecto que ellos desean la compensación por las frustraciones vividas y a los dominios soportados ahora?

Así ha sido en toda la historia. Los movimientos de renovación (sean reformistas o revolucionarios) han partido siempre de una estratificación o división de la sociedad en clases: dominantes y dominados. Y se han propuesto «dar la vuelta» a ese orden: los dominados pasarán a ser los dominadores. Casi ningún movimiento de renovación social ha contemplado otra cosa que no sea

---

<sup>1</sup> Cfr. 8, 31-33

<sup>2</sup> Cfr. JUAN MATEOS Y FERNANDO CAMACHO, *El Evangelio de Marcos. Análisis lingüístico y comentario exegético. Vol II. Ed. El Almendro. Córdoba 1993*

ese intercambio de roles o papeles. En esa actitud subyacen pulsiones inconscientes de revancha surgidas por la frustración de sentirse dominados, manejados o maltratados. Tales pulsiones afloran en esos movimientos, que, una vez triunfantes, aplican con dureza o violentamente la represión sobre los antiguos dominadores, creando con ello una nueva situación de frustración que, a su vez, hace surgir pulsiones de revancha en los ahora caídos, que buscarán por todos los medios volver a imponerse... Es decir, más de lo mismo, aunque con rostros diferentes, y una espiral de enfrentamientos que no ha cesado de determinar la historia social de la humanidad desde que existe.

Aquí también los discípulos aparecen en ese pasaje buscando ese intercambio de papeles: ellos, los marginados, los dominados, pasarán a ser dominadores. Conciben el reino de Dios como un intercambio de roles. En efecto, *«habían discutido sobre quién de ellos era el más importante»*.

Pero, una vez más, Jesús invierte los papeles; da un vuelco a nuestra escala de valores herida por tantas circunstancias de la vida, desde nuestra más tierna infancia, en donde hemos aprendido dolorosamente que para sobrevivir debemos dominar. Vivimos en una sociedad que graba a fuego en nuestra conciencia sus consignas de dominar y triunfar, en la que sólo se pronuncia el nombre de los que suben, de los que son sanos y fuertes, y sentimos la tentación de correr tras ellos, de cimentar nuestra vida sobre lo que sabemos, poseemos o creemos valer, negando en nosotros mismos y en los demás todo lo que suene a debilidad, carencia o límite<sup>3</sup>.

Entonces, Jesús correlaciona a un chiquillo con el Reino ¿Por qué? Porque los niños son el paradigma en la cultura judía de los sin-poder, los últimos y servidores, de los no importantes. Baste decir que ser niño en aquellas antiguas culturas era ser nadie; en la cultura judía el niño no contaba para nada hasta que se convertía en adulto.

Pues bien, este «ser nadie» que son los niños es lo que Jesús está proponiendo como modelo o como actitud vital de pertenencia al reinado de Dios. Al poner Jesús al niño-último y ponerlo *«en medio de ellos»*, está, por un lado, reivindicando y priorizando a quienes siempre son mirados desde arriba, rebajados y no tenidos en cuenta (los niños), y, por otro, mostrando simbólicamente un modelo de identificación: hay que ser como ellos. Nos invita a reconocer nuestra fragilidad y a aceptar nuestro desvalimiento, a abrirnos al asombro del amor de un Dios que nos acoge sin condiciones, como un padre o una madre a su hijo, no porque lo merezcamos, sino porque no puede remediar querernos, porque se negaría a sí mismo si no fuera pura gratuidad. Y tal identificación viene reforzada con el gesto de que *«lo estrechó entre sus brazos»*, o *«lo abrazó»*. La traducción pedagógica del «abrazar» es clara: hay que valorar-apreciar a quienes no son valorados-apreciados, y hay que asumir para uno mismo esa condición de humildad, de ausencia total de poder o dominio: *«si uno quiere ser el primero, sea el último de todos y el servidor de todos»*. Eso es el reino de Dios. Porque quien acoge-hace eso (atender al desatendido y rebajarse para servir), esa persona recibe-acoge *«a Aquel que me ha enviado»*. Valorar a los pequeños y hacerse pequeños es acoger-encontrarse en-Dios.

---

<sup>3</sup> Cfr. DOLORES ALEIXANDRE, RSCJ. *Contar a Jesús. Lectura orante de 24 textos del Evangelio*. Ed. CCS. Madrid, 2002